

PLUMA y LAPIZ



NÚM. 20

HVERTAR

EL ANÁLISIS

I

TENÍAN frecuentes discusiones, maestro y discípulo, en aquel laboratorio de la Universidad, en que el viejo encontraba siempre al joven entre retortas y alambiques, retenido junto á la hornilla roja de los experimentos químicos, por su entusiasmo por la ciencia. Los dos, después de haber enseñado el uno al otro, habían venido á ser profesores en el mismo centro docente, con la diferencia de que lo vivido y analizado por el primero, dejaba caer en su cátedra de filo ofía la tristeza del escepticismo; mientras el segundo, lleno de alientos, no cesaba de cantar desde su laboratorio, un himno á la materia.

—Con los ácidos, con el hornillo y con el microscópico se sabe todo—decía el discípulo al maestro, cuando éste le visitaba en su antro de nigromante. — Usted se sonríe de mi labor, y sin embargo, yo soy el que debo de sonreírme de la suya, porque el ácido que usted emplea, el de su razón, le conduce á la nada, mientras que el mío da siempre un resultado práctico y positivo.

Un día, y después varios sucesivos, el maestro halló al discípulo haciendo un extraño análisis, análisis paciente, detenido, análisis de una sola gota de agua, que exigía una delicadeza y una utilidad grandísimas de experimentación.

—¿Qué es eso?—le preguntó el maestro curioso.

—Se lo diré á usted cuando le ofrezca resuelto el descubrimiento.

Así replicó el discípulo con aire misterioso, no consiguiendo vencer el descreimiento del maestro, que añadió con una leve ironía en el acento:

—¡Supongo que no buscarás una nueva fórmula para hacer oro!

Algo pareció molestarle al joven la insinuación sarcástica del filósofo; pero se trataba de su maestro y se limitó á responder sencillamente:

—Pretendo analizar lo que nadie ha analizado aún, para demostrarle que nada hay oculto á los ojos de la química, que ven, no palpando como los de los hombres, sino entrando en el interior de las cosas.

II

—Maestro,—dijo una tarde el químico al filósofo—ya conozco esa gota de agua que venía estudiando. Ahora los poetas pueden idealizarla cuanto gusten, que después de sus estrofas yo les presentaré los elementos de que se compone.

Y el químico mostró al atónito filósofo un papel con una fórmula en letras y números y un poquito de líquido ligeramente coloreado, en una espátula de porcelana.

—¿Pero sepamos qué es eso?—exclamó el viejo.

—Eso es una gota de agua que rodaba hace media hora por la tersa mejilla de una muchacha.

—Entonces es...

—Una lágrima, sí, señor.

El viejo permaneció unos instantes silencioso; después levantó la cabeza y exclamó con su habitual melancolía:

—¡Pobre iluso! ¿Crees que conoces esa lágrima porque sabes las sales que la constituyen? Esa lágrima ha saltado del corazón á la mejilla. ¿Podrás decirme si encerró un dolor ó una alegría, antes de que tú la profanaras?

Y ahora fué el joven, el discípulo, el apóstol del análisis positivo y único, el que se quedó confuso, sin saber qué contestar.

A FONSO PÉREZ NIEVA

LA JUSTICIA HISTÓRICA

Se cometió en cierto pueblo
un crimen abominable,
sin que del hecho pudieran
conocerse más detalles
que los que ofrecía el muerto,
manchado en su propia sangre.

Nombróse un Juez especial
para que al pueblo llegase,
á descubrir lo ocurrido
y prender á los culpables;
por lo cual, cuatro vecinos
ingresaron en la cárcel,
sin que consiguiera el Juez
que el delito declarasen.

Los habitantes del pueblo,
con cautela censurable,
no quisieron declarar
ante las autoridades,
porque aquí declaraciones
únicamente las hacen
los novios y los gobiernos
por la cuenta que les trae.

Un Guardia Civil muy práctico
en materias criminales,
con entrañas de verdugo
y músculos de elefante,
pidió favor á una estaca
para descubrir verdades.

Y hubo chaparrón de palos
y erupción de cardenales,
hasta que uno de los presos
que gemían en la cárcel
cantó, como los flamencos,
entre prolongados ayes.

La noticia fué sabida
con aprobación unánime,
sin que del procedimiento
hubiera quien protestase;
porque en España tenemos
en la masa de la sangre
resabios de Torquemada,
instintos de Calomarde,
y llevamos las cadenas
mejor que las libertades.

El caso es que se logró
que el crimen se declarase,
y se olvidaron del cómo,
todos, menos el Alcalde;
porque un día le robaron
el trigo que en sus desvanes
tenía hacinado en sacos
para que se conservase,
y apelando á la receta
que tuvo éxito tan grande
fué vecino tras vecino
metiéndolos en la cárcel
y propinando uno á uno
palizas fenomenales,
y como no declararan
arreció con tal coraje,
que sin costillas de menos
no pudo escaparse nadie.

Fueron los daños causados
tan extensos y tan graves
que el Gobernador llamó
á su presencia al Alcalde,
y como por su conducta
insensata le increpase,



ITALIA VITALIANI.

Eminente actriz italiana.

Fot. Scattola (Venecia).

respondióle el monterilla,
sin correrse ni alterarse:

—La gente que hay en mi pueblo
es gente medio salvaje,
desconoce sus derechos,

de su deber nada sabe;
la justicia del garrote
basta á sus necesidades,
y cuando les gusta el palo...
es porque palo hay que darles.

RAFAEL TORROMÉ

LA ULTIMA COPLA

CANTÓ el mozo, con robusta y bien entonada voz de barítono, tierna copla, haciendo palpar de amor el corazón de la hembra á quien iba dirigida, y antes de concluir la canción, casi al mismo tiempo, se abrieron dos ventanas, sitas una frente á otra, apareciendo en cada uno de los marcos el busto de una mujer. La estrechez de la calle hubiese permitido á las dos rivales observarse á su sabor, á no impedirlo la obscuridad de la noche.

Concluído el cantar, metió el mozo el brazo entre los hierros de la reja, estrechando el talle de la mujer que tras ella le esperaba, con el alma rebotante de amor y el corazón impaciente porque llegase aquel momento. Fingiendo hallarse enojada, le dijo:

—Mucho has tardado esta noche. Creí que no vendrías.

—Pensaste mal; por nada del mundo puedo dejar de venir á verte; los momentos más felices de mi vida son los que paso á tu lado, sirviendo tus ojos de espejo á los míos que en ellos se recrean y deslumbran con su hermoso fulgor. Muchas noches, cuando el canto del gallo, anunciándome la proximidad del día, me sorprende pegado á esta reja, maldigo al sol que con su luz viene á interrumpir mi dicha.

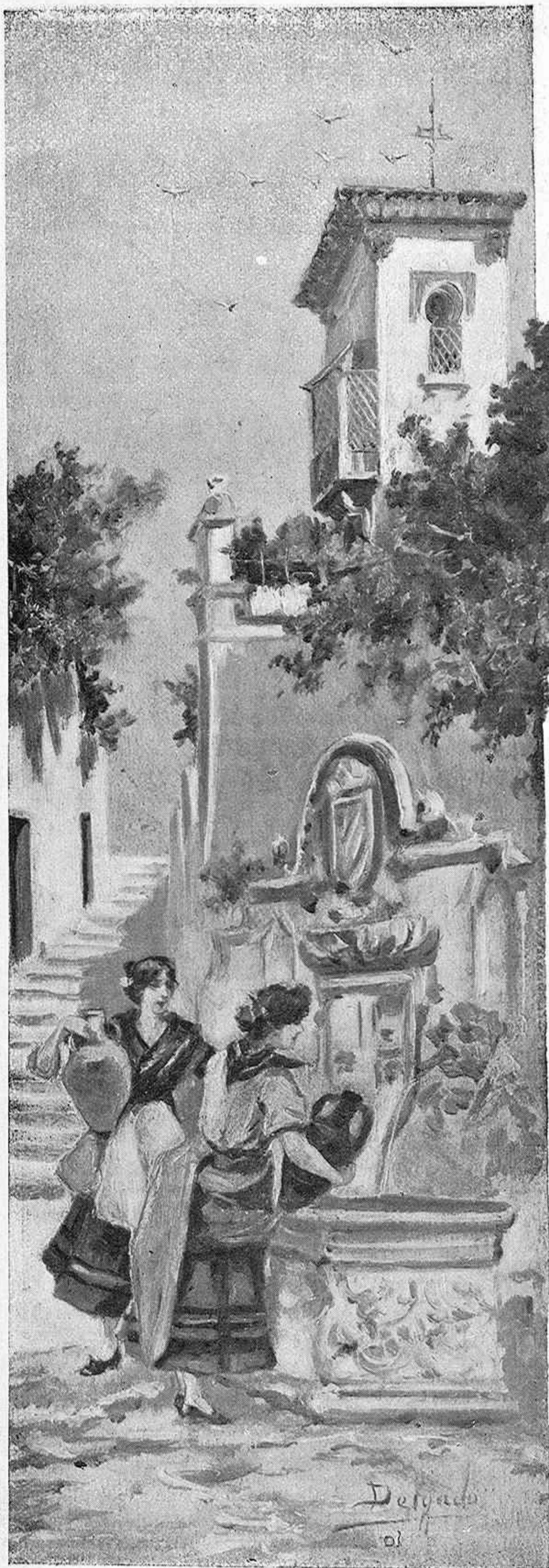
—Si las palabras que salen de tu boca te las dictase el corazón, si ese amor tan vehemente que me pintas le sintieras sería la mujer más feliz del mundo; pero ¡ay! temo me engañes, pintándome una pasión que no existe en tu alma.

—¿Por qué dudas de mí? — respondió el mozo sintiéndose ofendido.

—¡Cómo no he de dudar, Felipe! — contestó la enamorada joven con tristeza. — ¿Acaso soy la primera mujer á quien hablaste de amor en la misma forma en que ahora lo estás haciendo conmigo?... ¿No has jurado á otra amarla siempre?

—¡Oh!... ¡Calla, calla!... Puede oírte, y el recuerdo de esa mujer me hace daño, — respondió el mozo, dirigiendo una mirada de recelo á la reja vecina.

—Porque aún la amas, porque esa mujer tiene para ti muy gratos recuerdos. No podrás olvidarla nunca y será mi eterna rival... Para mi continuo tormento, he de tenerla siempre delante de mí. Tras su reja atisba cuanto hago; si me mira, adivino en sus ojos el inconmensurable odio que me profesa... No sé por qué, pero la tengo miedo. Esta mañana, al ir por agua, nos encontramos solas en la fuente, y sonriéndose de un modo tan especial que me causó espanto, me dijo: — ¡Ladrona; me has robado mi dicha, pero he jurado á la virgen que no serías feliz! — No supe qué contestarla y regresé á casa. No estando tú á mi lado no me atrevo á asomarme á la ventana, pues siempre la veo á ella en la suya



con sus ojos fijos en mí con una insistencia que me hiela de espanto.

—¡Ay de ella si se atreve á maltratarte; entonces se sabrán en el pueblo cosas que hasta hoy he tenido calladas!.. Por lo demás, esa mujer no debe inspirarte celos; es cierto la amé; pero ese amor fué tan pasajero como es la estancia de las golondrinas en la comarca; hoy en mi corazón el más mínimo afecto y el único que puede inspirarme es el de lástima; pero como te ha ofendido quiero vengarme. Las coplas que en otro tiempo la canté y tanto la agradaron, hoy, al volverlas á oír han de servirla de martirio; con ellas avivaré los celos de su corazón, convirtiendo su pecho en un infierno.

Cogió el mozo la guitarra y, con grande satisfacción de su amada, que de antemano gozabase en el martirio que iba á sufrir su rival, se puso á templanla.

La despreciada joven no perdió ni una sola frase del diálogo que los amantes habían sostenido. La amenaza de Felipe despertó sus celos con tanta fuerza que la ofuscaron la razón; podía perdonar al mancebo las veleidades de su alma, pero que escarneciese el amor que aún era suyo, eso nunca, y mucho menos aún permitirle que hiciese girones su honra, y su nombre fuese el ludibrio de las gentes.

En aquel instante, presa de terrible desesperación, sedienta de venganza se preparó á tomarla cumplida.

Sigilosamente y oprimiendo en su mano afilado cuchillo, salió la joven de la casa; la obscuridad de la noche la permitió acercarse á Felipe sin ser vista, y así esperó á que el mancebo terminase la copla que acababa de comenzar.

Al concluir la última nota, plantándose resueltamente ante Felipe, le dijo con energía:

—¡Canta, miserable, canta!... Prosigue con tus canciones halagando el corazón de una mujer que me ha robado mi dicha; haz que la desesperación me torture el alma, para que esa goce con mi martirio.

—Fuera de aquí, mala pécora,—repuso Felipe con brutalidad, tratando de empujarla.

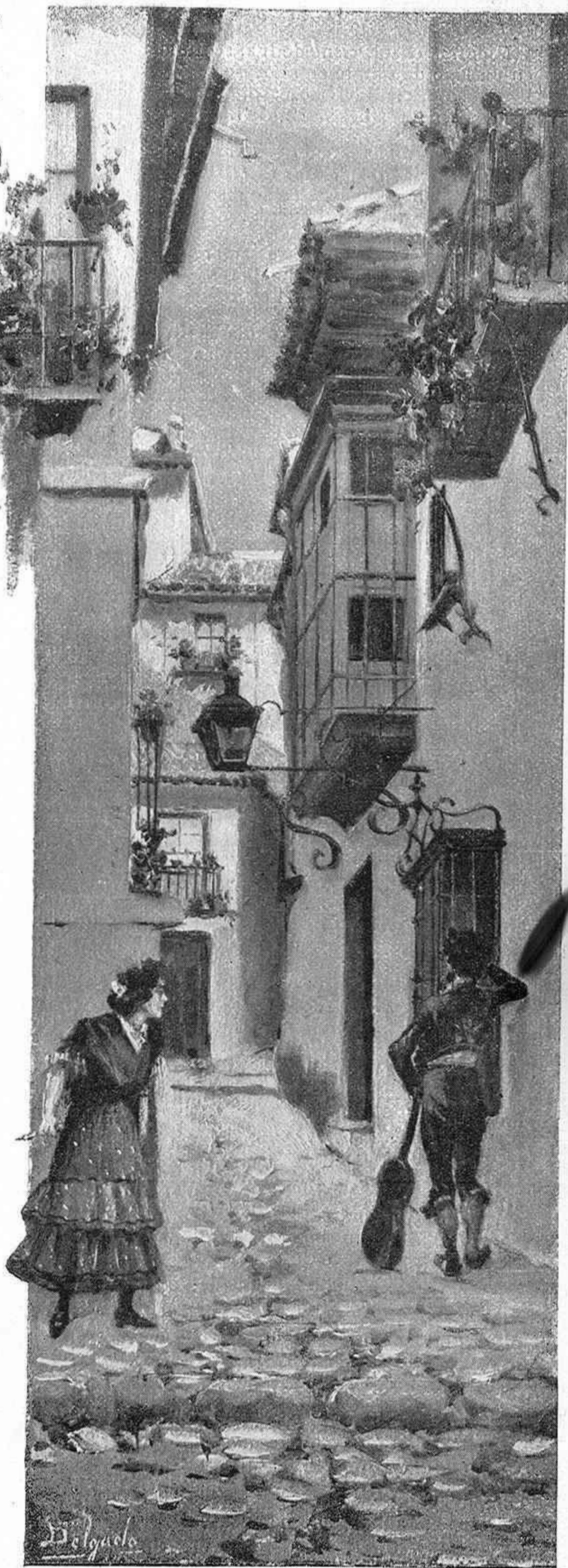
Para evitar la agresión dió la joven un paso atrás y, cegada por la ira repuso:

—Canta, si tienes valor para ello, y juro á Dios será esa la última copla que entones.

Felipe, despreciando la amenaza, comenzó el cantar; pero antes de concluirle, el cuchillo de la despreciada mujer se clavó en su pecho, haciéndole caer sin vida sobre las piedras de la calle.

Sin oír los gritos de espanto lanzados por su rival, la vengadora joven quedóse atónita, contemplando varios instantes á su víctima; lanzando después una carcajada larga y estridente: ¡la infeliz se había vuelto loca!

M. DEL CORRAL CABALLÉ



Ilustraciones de M. OIOLS DELGADO.

TRISTEZA DEL JARDÍN

I

Mientras el sol, cisne de luz, se hundía
en un lago de sangre en el ocaso,
iba yo solo, con incierto paso,
por los senderos del jardín de Lía.

La tarde lentamente descendía,
y vi á su tenue resplandor escaso
que inclinaban sus pétalos de raso
las flores, en tristísima agonía.

Y pensé: «como olvida sus amores,
Lía olvida sus plantas y sus flores
que agosta el rojo beso del estío,

y por eso agonizan, tristes, solas,
esperando que vierta en sus corolas
la noche compasiva su rocío».

II

Y vi una roja nube, suspendida
como bandera que en el cielo flota,
anunciando la trágica derrota
de la luz, por la gran sombra vencida.

Y le dije: «en las flores que ella olvida,
sobre estas vidas que el olvido agota,
vierte, nube de púrpura, una gota
de tu seno de fuego desprendida.»

A mi voz sucedió profunda calma,
un nido de dolores era mi alma,
una urna de tristezas cada broche.

La nube en el crepúsculo callado
era un rojo estandarte, desplegado
sobre el triunfo sombrío de la noche.



LA LLUVIA. — Cuadro de J. M. TAMBURINI.

III

Instalaba la sombra su triunfante
pompa. Blanca, muy blanca, en tardo vuelo,
una nube cruzaba, como un velo
en la profunda lobreguez, flotante.

Y yo le dije: «nubecilla errante
por la sombría soledad del cielo,
mitiga con tus lágrimas el duelo
de estas flores que olvida la inconstante».

Siguió la nube errante su camino.
Después, como un cendal de blanco lino
se esfumó en una vaga lontananza,

como un blanco cendal que en la grandeza
del espacio, agitara la esperanza
para decir ¡adiós! á mi tristeza.

IV

Y sólo el viento me escuchó. Un violento
soplo agitó de pronto la espesura,
y en el silencio de la noche oscura
pasó rugiendo en su corcel el viento.

Vibró en la inmensidad su ronco acento,
reunió el tropel de nubes en la altura,
y lloraron las nubes su amargura
sobre las flores del jardín sediento.

Y después tu jardín, ¡oh! blanca Lía,
se pobló de perfumes y alegría,
y vi de nuevo renacer las flores;

vi de flores los árboles cubiertos,
y quedaron marchitos mis amores
en el jardín de tus amores muertos.

Buenos Aires.

CARLOS ORTIZ



LABORIOSA.

235



COSTUMBRES CUBANAS.

Fot. Ramón Corral (Habana).

UN CABALLERO

AQUELLA noche había mucha gente en el casino. No era extraño. La ventisca y el turbión ponían las calles intransitables del todo. Extendíase por las aceras y el arroyo un barro gris parduzco, desesperación de los gomosos y encanto de los limpiabotas; arremolinaba el viento las gotas de lluvia estrellándolas contra los hermosos vidrios de una sola pieza que resguardaban de la intemperie á los tertulios del gran salón. La noche, fría y húmeda, prometía cosecha de catarros, y los señores socios del club de recreo fuma-

ban á más y mejor sentados en los cómodos sillones de Utrech, junto á la encendida y monumental chimenea.

Eran cerca de las once, y las conversaciones, animadas en un principio, comenzaban á languidecer. Alguno que otro caballero se acercaba á los balcones, miraba de soslayo á la calle y volvía junto á la chimenea, exclamando:

—¡Caballeros, vaya un tiempcito!

Ya dos ó tres de los menos trasnochadores se diri-



gían hacia la puerta en demanda de los abrigos, de las chisteras y del consabido paraguas ó impermeable, cuando un joven de elevada estatura, correctamente vestido de levita, se presentó en la puerta del salón.

Su presencia produjo una serie de exclamaciones.

—¡Gracias á Dios!

—¡Bien venido!

—¡Hola! ¡Ya vuelve la oveja al redil!

—Buenas noches, señores, — exclamó el recién llegado dando su enguantada mano á todos los concurrentes. —¿Qué tal por aquí? Siempre lo mismo, ¿eh?

—Igual. Sólo hay de nuevo su presencia de usted

después del atracón de luna de miel que acaba usted de darse,—dijo con risa franca y bulliosa un perfido título de Castilla.

—Confieso que soy el más feliz de los hombres...

—¡Hurra!

—Que tengo una mujer ideal...

—¡Bravo!

—Y que pienso que les ha de gustar á todos ustedes...

—¡Apoteosis! — exclamó uno de los más bullangueros circunstantes.

—Vaya, Alberto, siéntese usted y pase un rato con nosotros,—dijo uno,—ya que es usted el primero de los prófugos que vuelve.

El nombrado Alberto se acomodó en una butaca y extendió los pies calzados de charol hacia el morrillo de la chimenea.

Sin duda que la conversación iba de nuevo á reanimarse, pero un incidente inesperado trocó por otras nuevas la serie de ideas que iban de fijo á emitirse entre los aristocráticos tertulios del círculo.

Un muchacho de unos veintidós años, de frac, con una camelia en el ojal y planchado el pelo, penetró en el salón gritando:

—¡Noticia!

—¿Qué hay?—preguntó uno.

—¡Grandes novedades! Paco Guevara está en la sala de tresillo.

—¡Hombre! Ese es otro prófugo como Alberto. Hace tres meses que no se le ha visto el pelo por aquí.

—Me ha prometido venir á ver á ustedes. ¡Hasta luego!

Y el imberbe mancebo desapareció, dejando á todos sugestionados por tanta novedad.

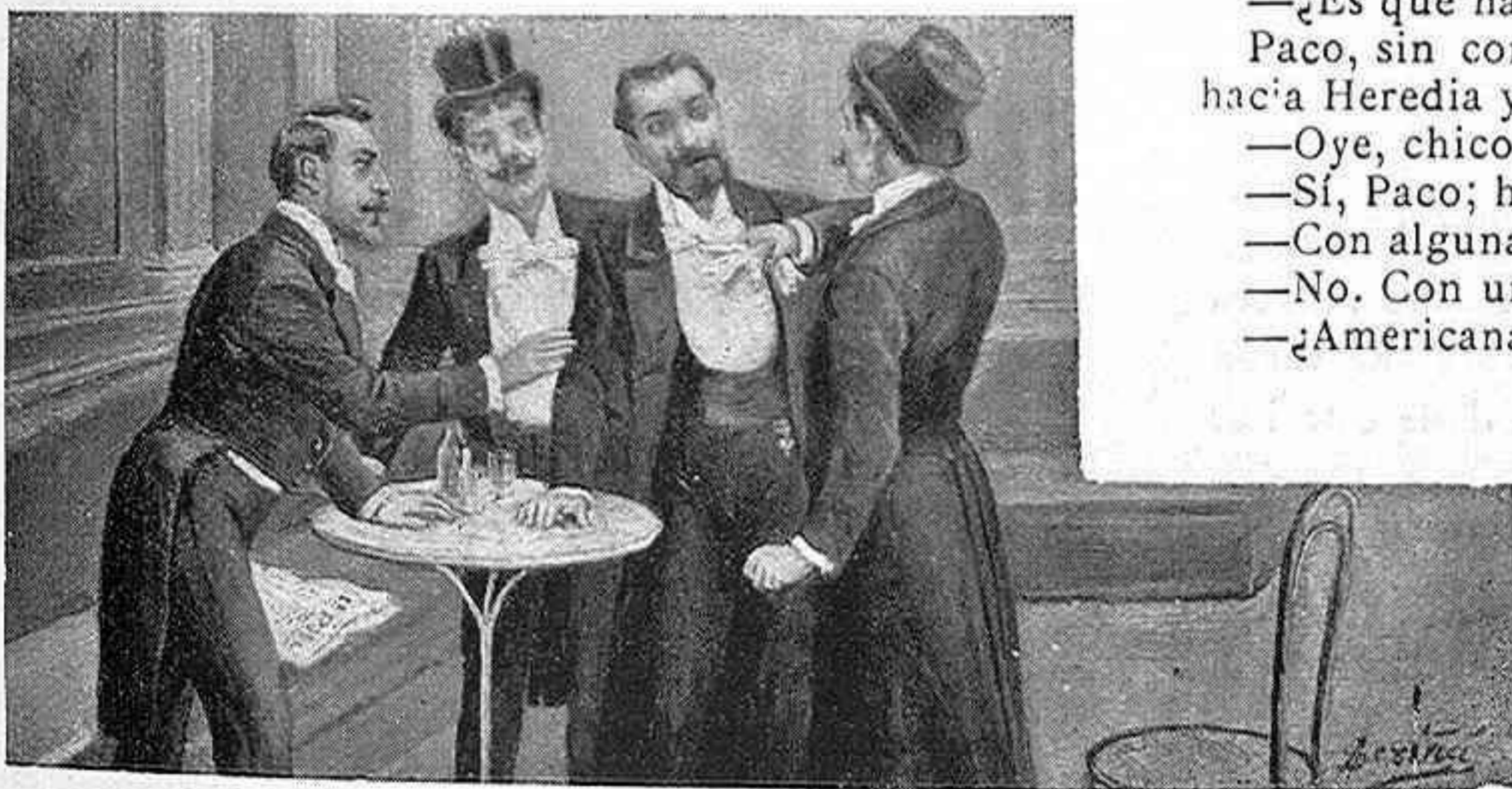
¡Extraño era en efecto!

Sólo hacía quince días que Alberto de Heredia había dejado las amenas reuniones nocturnas del casino, y para casarse con una señorita americana, oriunda de Costa Rica y de una espléndida belleza, al decir de los pocos que la conocían; pero Paco Guevara hacía tres meses que sin dar noticia de su paradero había desaparecido del casino y se ignoraba donde estuviese.

Sus íntimos, creyéndole enfermo, acudieron á su casa, en donde sólo hallaron á Jacques, el ayuda de cámara inglés, que se limitó á contestar que no sabía en dónde se hallaba el señorito.

Así es que la curiosidad detuvo á más de tres de los reumáticos viejos verdes, que tenían costumbre de retirarse temprano.

—¡Bueno! Veremos á Guevara,—dijo alegremente un rubio vizconde;—pero dénos usted, amigo Alberto,



algún detalle acerca de esa boda tan rápida. ¿Cómo ha sido eso? Usted, que era incasable...

—Caballeros, me volví loco, lo confieso. Conocí á mi mujer en un baile de la embajada francesa, presentéme á su madre el ministro de Méjico, bailé con la niña dos valsés y parece que al apuntarme en el carnet

me apuntó al corazón. Me declaré. Me dió el sí apetecido y me casé sin más ceremonias. Lleva doscientos mil duros de capital, como dote.

—¡Ciruelas!—murmuró un marqués tronado.

—No emprendí el viaje de bodas porque mi mujer no ha querido salir de Madrid. Esto es todo. Aunque las esquelas de participación tardarán todavía en repar- tirse, tienen ustedes su casa, Alcalá, tantos, hotel que nos ha regalado mi suegra.

—¡Oh suegra incomparable!

—¡El *sum-mum* de las mamás políticas!

—Pues todo está á la disposición de ustedes.

—¡Gracias por lo de la suegra!

Hubieran, sin duda, continuado las encomiásticas frases de los socios, pero dos ó tres que se levantaron para despedirse distrajerón la general atención. Hubo apretones de manos, chirigotas, carcajadas, y el gran salón quedó por unos momentos silencioso y ocupado tan sólo por cinco ó seis, entre ellos el vizconde rubio y el pollo del frac, que entró de nuevo.

Momentos después una figura noble, de un hombre como de unos 30 años, buen mozo, con sedosa barba negra, ojos brillantes y dientes blanquísimos, vestido con exagerada elegancia, entró en el salón lentamente.

—¡Paco!

—¡Aquí está Guevara!

Todos se levantaron, incluso Alberto. Todos abrazaron al amigo ausente, y él acogió con placer aquellas muestras de cariño.

—¿Conque te has metido bajo tierra?

—¿Conque te has emparedado?

—¿Es que has profesado en la Trapa?

Paco, sin contestar á tanta pregunta vacía, volvióse hacia Heredia y le dijo con jovialidad:

—Oye, chico. ¿Me han dicho que te has casado?

—Sí, Paco; hace pocos días.

—Con alguna madrileña, ¿eh?

—No. Con una americana.

—¿Americana? ¿No la conozco?

—Creo que no. Han venido de Amapola apenas hace seis meses.

—¡Ah! ¿Es costarricense?

—Sí.

Guevara no volvió á ocuparse más del asunto.

—Y dime,—profririó el vizconde rubio dirigiéndose á Paco,—¿tú qué te has hecho?

Paco encendió una breva de Gerner y tardó en contestar.

—He estado metido en mi casita de la Moncloa estudiando astronomía,—dijo lentamente.

—Al diablo se le ocurre. ¿Astronomía?

—Sí. A Flammarión.

Intentaron los concurrentes averiguar algo más, pero Paco Guevara estuvo impenetrable.

Poco á poco fueron aclarándose las filas de tertulios y la reunión quedó reducida al vizconde rubio, el pollo de la camelia, Alberto y Paco Guevara.

—¡Ea! Ahora que estamos solos,—dijo el vizconde,—no nos harás tan inocentes que creamos una palabra de tus historias astronómicas. Tú has tenido algún lío.

Guevara mascó la punta del puro y preguntó:

—¿En qué te fundas?

—En que conozco el paño.

—No. Pues no hay nada. Créeme...

—¡Ea! ¡Que no te crees! ¡Córcholis! Vaya... Paquito... Tú eres muy amable y nos lo contarás. ¿Quién es ella?

—Os empeñáis en suponer...

—Hombre, cuéntalo,—dijo Alberto;—aquí estás entre amigos.

—Pues... bueno. He tenido estos días una mujer superior.

—¡Caracolitos! —exclamó relamiéndose el pollo de la camelia.

—Figuráos,—continuó Paco,—que salía yo una noche de aquí, dirigiéndome por la calle de Sevilla hacia la de Arlabán, cuando vi salir del colmado una chula de lo más superior que han visto humanos ojos.

—¡Olé la gracia!

—Un borracho salía tras ella insultándola y llamándola con los dictados más soeces. Me ardió la sangre. Di un puñetaño al beodo y ofrecí el brazo á la mujer; tenía un acento andaluz deliciosísimo. Cracias, muchas gracias, caballero, me dijo; sin usted, ese bruto me hubiera comprometido.

—¡Bien por los hombres galantes!

—Acompáñeme usted hasta la plaza de Santa Ana,—me dijo la chula.—Llegamos. Era una morena deliciosa con un pie calzado con mucho lujo. Tomó allí un simón y ya iba á marcharse cuando le pregunté ansioso:

—¿Dónde podré verla á usted?

—Nunca,—me contestó muy seria.

El simón arreó y me quedé hecho un mono en la acera del teatro Español.

—¡Mal principio!

—Al día siguiente recibí por el correo interior una carta en que se me citaba en un merendero de las Ventas, al anocheecer. Acudí presuroso y allí estaba

ella completamente sola. Hace de esto tres meses justos. Cenamos en amigable compañía; el champagne nos calentó los cascós. Le declaré mi amor y entonces me dijo una cosa extraña. Que era hija de una familia de la aristocracia; que sus padres estaban ausentes; que se había enamorado de mí...

—¡Pillol! ¡Qué suerte!—exclamó el vizconde.

—Me la llevé á mi casita de la Moncloa, me exigí el secreto más absoluto y... no volver á los círculos que frecuentaba. Lo cumplí todo, todo y juré como caballero no revelar á nadie jamás ni su nombre ni nuestros amores. Una noche vino á verme, según costumbre, después de las doce á mi casita de campo. Estaba pensativa, lloró mucho sin decirme el por qué; me cubrió de besos y... no he vuelto á verla más. Al cabo de un mes me sentí relevado del compromiso y vuelvo al casino. Aquí me tenéis. Hace veinticuatro horas que he recibido la siguiente carta.

Paco sacó su hermosa cartera de piel de Rusia, con filete de oro y leyó este billete, dejando la cartera sobre sus rodillas:

«No volveremos á vernos nunca. Olvídame. Sólo te pido, en nombre de lo que te quise, una cosa. No me conozcas jamás.»

Todos quedaron estupefactos y á Paco, al estremecerse por la lectura, le temblaron las rodillas. Una fotografía Mignon se desprendió de la cartera y cayó sobre la alfombra de moqueta. Lanzóse el loco vizconde y se apoderó del retrato, leyendo en su dorso con fruición:

«A Paco. Su chula.»

—¡Aquí la tenemos!—exclamó el rubio.—¡Superior! ¡Colosal!

Paco se levantó lívido de rabia, pero todo fué inútil; el retrato pasó de mano en mano. El vizconde y el pollo del frac se alejaron riendo y diciendo á Guevara:

—¡Que sea en horabuena!

Y un momento después, Alberto, pálido como un cadáver, decía rugiendo al asombrado Paco:

—¡Mañana te enviaré mis padrinos!

—¿Cómo?

—Porque esa chula... es... ¡mi mujer!—Profirió el desdichado, arrojando al rostro de Guevara sus arrugados guantes.

José M. DE LA TORRE

PASATIEMPOS

ACRÓSTICO

o * o o o o
o * o o o o o o
o * o o o o o o
o * o o o o o o o
o * o o o o o o

Substituir los ceros y estrellas por letras de manera que horizontalmente se lean cinco nombres de varón que expresen su carácter y en la vertical de estrellas se lea el nombre de una mujer.

LOS PEPES G.

CHARADA

Mi *todo* mentira es;
cuarta *tercia* vegetal;
cuatro *prima* en geometría
puedes de fijo encontrar;
la *dos* es tiempo de verbo.
¿Quieres que te diga más?

JUAN J. GUTIÉRREZ RAMOS.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	2	3	4	5	6	—	Catalán ilustre.
	6	5	2	2	3	—	Mueble.
		5	4	5	6	—	Fenómeno lumínico.
			6	3	2	—	En el mar.
				6	5	—	Afirmación.
					1	—	Consonante.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

ENEMIGO EL

E. PIGRAU.

SOLUCIONES Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Jeroglífico. — Traslado.

Charada. — Cásputa.

Cuadrado. — Orar. — Rama. — Amar. — Raro.

NOTA.—No se devolverán los originales, aunque dejen de utilizarse.

LIBROS RECIBIDOS

INDUCCIONES. *Nuevo libro de Pompeyo Gener.* Es un conjunto de Estudios filosóficos y críticos sobre los problemas más trascendentales que hayan afectado la conciencia humana durante el último cuarto de siglo decimonono. Figuran entre ellos, algunos de los que bajo el nombre *Evangile de la Vie* verán la luz en la capital francesa por todo el año 1901. Consideramos destinada esta obra á interesar no poco á cuantas personas consagran preferente atención á las luchas intelectuales de nuestros días.

Véndese en Barcelona, en casa de Hordachs.- Editor.

LA VIDA DE NTR. SR. JESUCRIST, escrita en catalán por el ilustrado Pbro. Cayetano Soler. Un precioso volumen de más de 300 páginas, tan notable por el texto como por la profusión de hermosos grabados que lo ilustran y por lo esmerado de su confección y tiraje, que honran la librería de José Gili, (Cortes, 223), de la cual procede esa lujosa y rica edición, llamada á obtener gran favor entre las muchas familias amantes de la buena lectura religiosa. Se vende al precio de 4 pesetas, muy económico, en relación con el escrito literario de la obra y el coste material que representa.

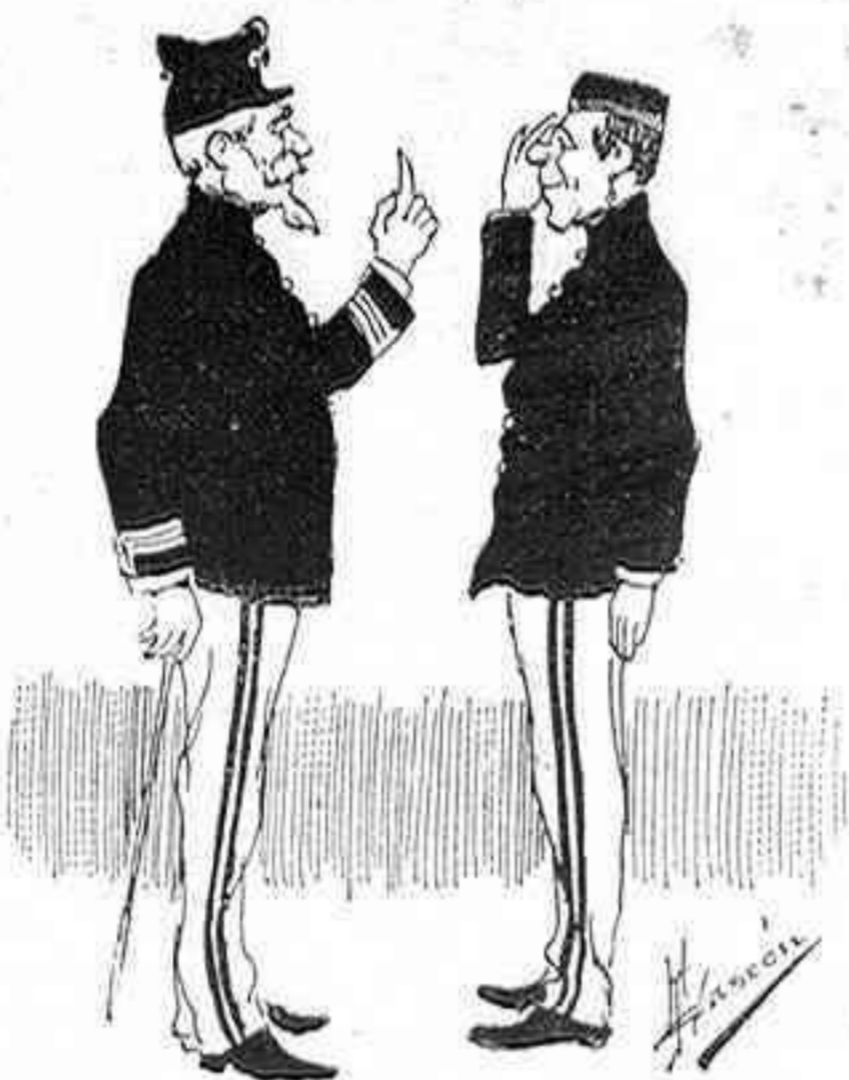
MISCELÁNEA; por T. GASCÓN.



—Le doy á usted el más sentido pésame. ¿Cuánto tiempo llevaban ustedes casados?

—Treinta años.

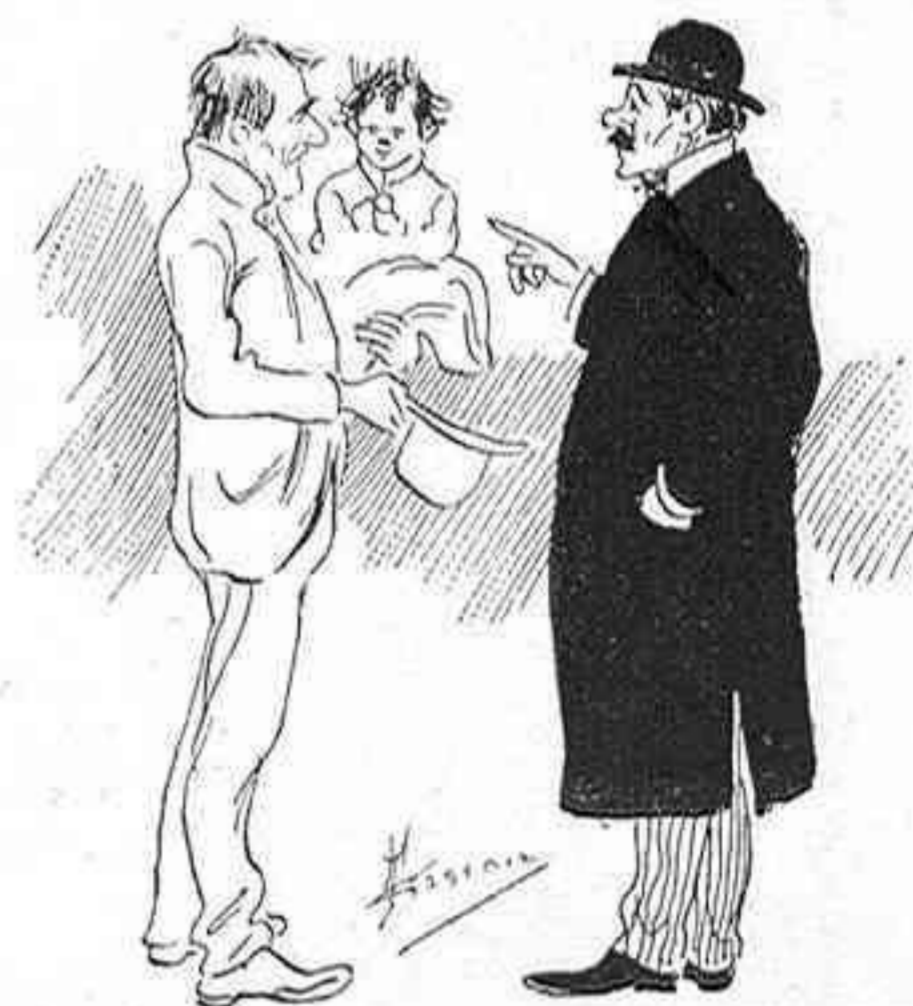
—Es muy duro eso de perder á su mujer, cuando precisamente empieza uno á acostumbrarse á ella.



—¿Cómo se entiende? ¿No saludar al sargento? ¡Un día de arresto!

—¡Como somos tan amigos!

—Aunque se tratara de su mismo padre, tendría usted que respetarlo.

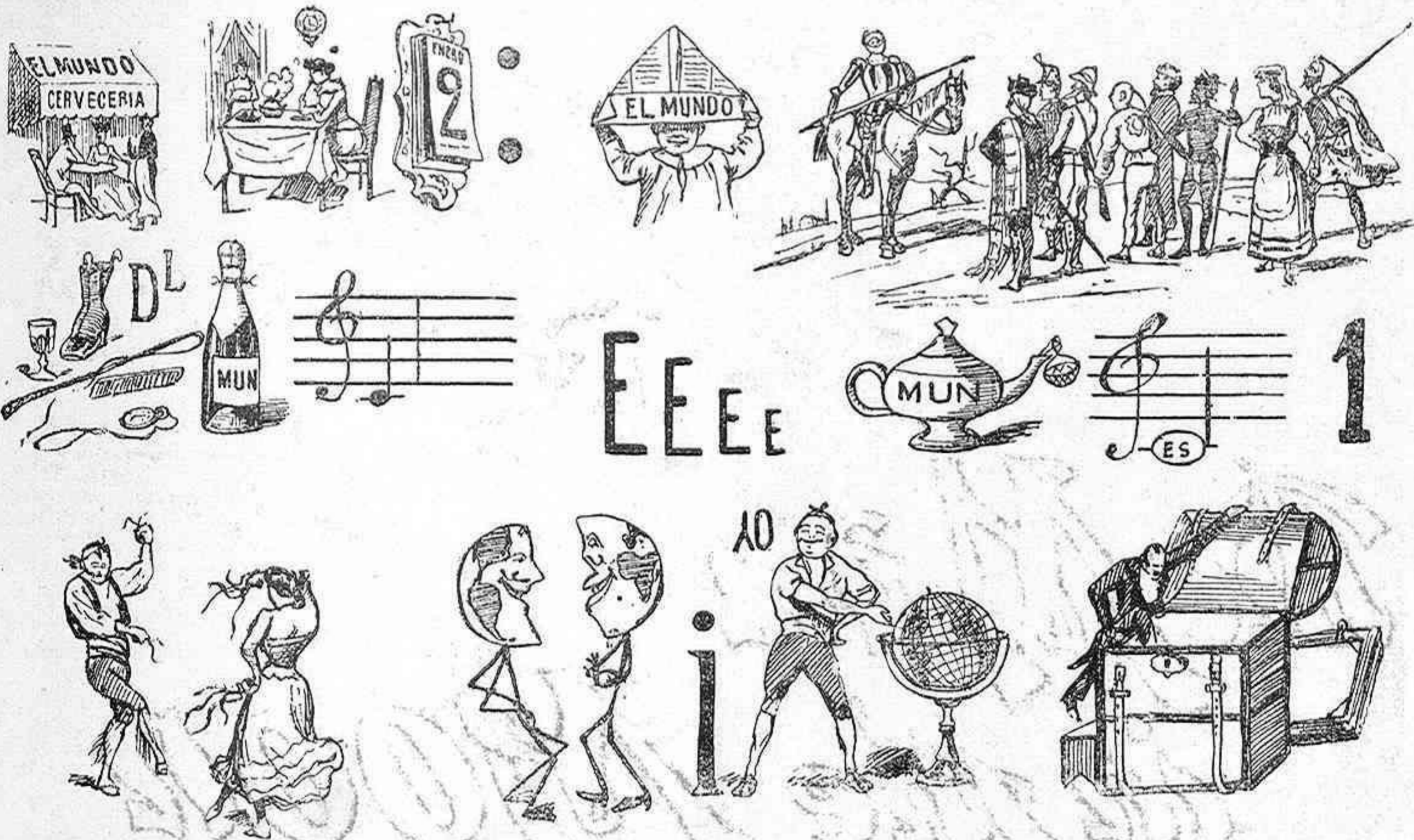


—¿Cuántos años hace que pide usted limosna en este sitio?

—Veinte años, señor.

—Pues todo ese tiempo le he visto á usted con un niño en los brazos. ¿Tiene usted la bondad de decirme si es el mismo?

JEROGLÍFICO



Siete frases vulgares.

At *The New York*
B'way.
44 & 45 Sts.
George W. Lederer,
Managing Director

*The Great
Golden
Spectacle*

500
PEOPLE
ON THE
STAGE

*The Man
in the Moon*

H.B.E. D.D.Y.
H.A. THOMAS
& W.S.L.I.E.
Lith. Co. 130-137 W. 24th St.
N.Y.

Anuncio de la obra de gran espectáculo «El hombre en la luna». — Nueva York.

SERIE 1.ª

NÚM. 20